

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

SAN PEDRO Y SAN PABLO

29 de junio de 2003.

Mateo 16, 13-19

1.- ¿Qué dice la gente?. Celebramos la Solemnidad de los Apóstoles Pedro y Pablo. Con ocasión de la misma detenemos nuestra atención en el ministerio particular de San Pedro. No es autor de la Iglesia pero representa a Quien sí lo es. Me refiero a Jesucristo que, tomándolo singularmente a él, no excluye a ningún bautizado de la participación de su único Cuerpo Místico. Somos la Iglesia y Pedro representa humildemente a nuestra Cabeza y Causa. Para indicar la singularidad del ministerio del Papa la liturgia de este día nos ofrece el texto evangélico de San Mateo. Jesús, con su peculiar pedagogía, formula una pregunta comprometedoras: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dice que es?”. Consulta a aquellos primitivos encuestadores de la opinión pública. No les otorga sociológica infalibilidad y da la razón a uno, la minoría independiente del que “dicen que dicen”, absolutamente dependiente del Padre. Es Pedro, el más frágil, atropellado e ingenuo de sus principales discípulos. Sin proporción con sus talentos y su adhesión madura al Maestro, es elegido y depositario de la inspiración divina: “Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús le dijo: Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo”. Pedro es la demostración clara de que en la Iglesia debe gobernar quien obedece al Padre, con la docilidad de un niño, y no necesariamente el más talentoso y hábil.

2.- Servidores de la capitalidad de Cristo. Cuando así lo entienden los mejor dotados se produce el orden, que va más allá de toda prolija administración, y permite que la verdad sea fundamento y que la justicia, igual para todos, constituya la guardiana de la convivencia social. Pedro y Pablo son figuras señeras para la misma sociedad que se identifica en base a una diversidad providencial. En ellos se manifiestan los carismas y temperamentos propios y, al mismo tiempo, el amor como perfecta relación entre las personas. La Iglesia se ha edificado sobre ese fundamento y la perdurabilidad confirma su naturaleza y garantiza la metodología que practica. Para mantener esa indestructible contextura histórica el Espíritu, su artífice, reclama una fidelidad sin fisuras a quienes deben pilotearla. Pedro y Pablo son hoy el Papa y los Obispos. La intuición inspirada de Pedro y la laboriosidad artesanal de Pablo deben caracterizar a los actuales Pastores. De esa manera la Iglesia constituye, para la sociedad actual, el proyecto que Dios sigue formulando para la “entera familia humana”. La misión de la Iglesia, integrada y conducida por Pedro y los Apóstoles, trasciende su interna organización para hacerse conciencia nueva en un mundo inexplicablemente avejentado. Al recordar a los Apóstoles no pretendemos un homenaje formal e intrascendente. En ellos se evidencia la actualísima misión evangelizadora de todo el Cuerpo Místico y la necesidad de mantener una real vinculación con su divina Cabeza. El propósito del ministerio supremo de Pedro es, también, que los miembros actuales de la Iglesia no pierdan la necesaria sujeción a Cristo, su Cabeza.

3.- No perder el tiempo. Es admirable cómo lo expresa el actual Pontífice Juan Pablo II en las múltiples intervenciones de su abundante magisterio. En la perspectiva de la celebración del Xº Congreso Eucarístico Nacional proponemos la centralidad dinámica de Jesucristo, cabeza y causa de la Iglesia. El Santo Padre no ha cesado de actualizar ese mensaje: “... la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos”. Consecuente con esa convicción el Papa concentra su enseñanza y exhortación en el reconocimiento de la presencia real de Cristo entre los hombres. Sabe que su responsabilidad, y la gracia que lo asiste, consiste en restablecer constantemente el contacto vivo con Jesucristo para que los hombres no sean sarmientos secos desgajados de su única Vid. Tendremos que empeñarnos en hacer de nuestro próximo Congreso la

ocasión providencial para que nuestra lastimada sociedad cristiana se reconecte con Cristo, su Vid. Todo el esfuerzo pastoral tendrá que orientarse a concretar ese evangélico propósito. En él nada es suficiente. El tiempo que, a veces, resulta breve y poco, nos ofrece un adecuado espacio. Tendremos que aprovecharlo al máximo. No perderlo incluye no desperdiciarlo en intentos estériles por movilizar a quienes no quieren moverse.

4.- **El riesgo de la libertad.** El método que adopta Dios en su relación con sus hijos parece débil y poco efectivo. Es increíble el respeto que manifiesta por la libertad de quienes quiere sentar a su mesa como a hijos amantes y no amarrarlos como a siervos atemorizados. El riesgo de la libertad es el pecado. Es verdad que sin libertad no se produce el pecado, pero, tampoco se ingresa en la vida verdadera. Eliminado el pecado queda la libertad auténtica, sanada por la gracia de Cristo, únicamente posible mediante su responsable ejercicio. El mensaje evangélico transmite la novedad esperada. No se construye una sociedad sólida sin el ejercicio de virtudes cívicas claramente identificables. Su fuente inspiradora es Dios como se auto manifiesta en el misterio de su Cristo. Pedro y Pablo representan a quienes fueron enviados por el Maestro para notificar la verdad y la salvación. No son expositores teóricos ni poderosos señores influyentes. Son testigos humildes, sin poder, sin “alforjas, ni dos vestidos para el camino”, sino pobres mendicantes cuya máxima aspiración consiste en presentar a su Maestro al mundo necesitado de Él y desaparecer discretamente.

5.- **Pedro y Pablo.** Seguirán siendo extraños, incluso entre los mismos cristianos que no logran entender el misterio de Cristo pobre. No esperan que el mundo caiga de rodillas en su camino de ingreso a las nuevas megápolis. Perciben la soledad de ser como los otros, como los más marginados de los otros. Y que si aflojan ante la seducción que otorga el prestigio espiritual de su ministerio comienzan a ser débiles e impotentes. No ha ocurrido así con Pedro y Pablo. Recorrieron caminos sin arcos de triunfo como vecinos de la calle en quienes nadie repara. Finalmente fueron inmolados como deshechos de quienes el mundo deseaba desprenderse. Pedro es crucificado y Pablo decapitado. La Iglesia está situada sobre la única angularidad de Cristo y sobre las piedras basales de aquellos pobres enviados. Hoy los celebramos recordando la perennidad de su misión, prolongada en sus numerosos sucesores encabezados por Juan Pablo II.

[Volver](#)